

# MONTERREY

*A la memoria de Manuel Monterrey,  
recordándolo siempre.*

**E**RAN las siete de una mañana marcina cuando el dueño de la dehesa «Monterrey» apareció bajo el dintel de la puerta de la casería restregándose los ojos, soñoliento aún, para saludar al nuevo día.

A pecho descubierto echó a andar hacia el pozo y sacando agua de él, la vació en una jofaina. Acto seguido zambulló en ella la cabeza y se lavó prolijamente los ojos, luego la cara, el pescuezo y orejas para terminar echando, por las narices, todo el moco que se había formado durante la noche.

Depejado y limpio contempló el campo invadido entonces por una niebla espesa. En Extremadura, en esta época del año, son frecuentes los amaneceres cubiertos.

Francisco Mendoza (el señor Paco para cuantos lo trataban) andaba ya por los cincuenta años cumplidos y todavía, su robustez, era envidiable.

Parecía hecho como en bronce a manos de un buen artífice. Su anatomía permitíale una vida activa sin sufrir el menor cansancio.

Le tenía un gran amor a sus campos y antes de comenzar la faena se gozaba contemplando cuanto de espléndido había en ellos.

Ni aún en los días crudos de invierno cuando todo anunciaba desolación les veía algo que lo inducían a creer, que ni diluvios, ni tiscas que cayeran sobre ellos, podrían deformar sus encantos.

¡Pero en primavera sabre todo! En primavera, «Monterrey», se ofrecía plétórica en los barbechos y en cuantas plantas en ella germinaban.

La dehesa tiene su enclave en el término judicial de Jerez de los

Caballeros. En un bellissimo emplazamiento dado la situación geográfica que tiene. Tan así, que si nos empinamos en cualquiera de sus cimas veremos, airosas, gallardas y magníficas, las cuatro torres de esta ciudad. La de San Bartolomé y San Miguel son sin duda alguna las más notables; ambas de gran belleza y ejemplares afortunadas del barroquismo. La de San Bartolomé nos recuerda extraordinariamente a la Giralda de Sevilla. La de San Miguel si se contempla en días luminosos veremos un sorprendente efecto por la armonía de las partes cárdenas de sus piedras, la brillantez de los azulejos, encendidas entonaciones del barro cocido y el rojo vivo de los ladrillos. Estas torres altas, gallardas y artísticas conceden una nota de riqueza a Jerez de los Caballeros ciudad histórica que debe su nombre a los Caballeros Templarios quienes aseguraron su conquista a los moros.

El señor Paco se había levantado aquella mañana con un motivo especial para estar más contento que otros días: Su hijo Alberto llegaría en las primeras horas de la tarde a lo finca. Había terminado sus disciplinas en la Escuela de Ingenieros. Su padre había alimentado esta ilusión. Quiso, que su hijo, fuera un técnico para sus campos; y regresaba con su título de Ingeniero Especialista en Agricultura.

El, y su mujer contaban, con verdadera ansiedad, los instantes que faltaban para tener, en casa, al chico. A los dos les parecía un sueño, un sueño inefable ver realizadas las mayores esperanzas de sus vidas. Todo por y para el hijo... «Monterrey» que sería para el jóven; que lo era ya puesto que, desde su llegada, el supremo dueño de todo sería él por muchas razones; por su juventud, por todo cuanto de hombre serio y formal hereditaban en él y, sobre todo, por los conocimientos adquiridos relativos al campo.

«Monterrey»—decía era una finca que no tenía rival; ninguna se le asemejaba porque la verdura y cuanto en ella germinaba tenía, en los meses dados, el énfasis de una preñez sublime.

Era frecuente oírle exclamar cuando así le rebosaba el entusiasmo: ¡No hay otra tierra como la tierra mía...!

Había avanzado la mañana y entonces el sol, que se había adueñado de todo, enriquecía a los árboles y a las plantas con un ropaje muy bello.

La gañanía formaba parte integrante en la familia del señor Paco. En «Monterrey» no existían problemas laborales dado que el patrón



era consciente a la hora de fijar salario. Todo pues discurría dentro de la mejor armonía.

En parte cabía destacar la mucha participación que en ello tenía María, su esposa. Apuntaba tan certero que nunca hubo que rectificar en los que, a juicio de ella, se hacía. De ello el equilibrio permanente habido en la dehesa.

Los dos, Francisco Mendoza y María Marcos nacieron de padres extremeños, los dos, pese a los años que hacía que estaban casados se amaban con igual fuerza al día de la boda. Pero en medio de esa felicidad había un punto triste en la vida de ambos. Fue en el parto del único hijo habido en el matrimonio. El corazón de ella, enfermo de antiguo, quedó tan resentido que el médico apuntó la prohibición de traer más hijos. María no podría resistir el alumbramiento de un nuevo hijo.

De María, decían cuantos la trataban, que era una criatura excepcional. Se la comparaba, sin hepérbolo, a aquella otra mujer que Gabriel y Galán diera forma en el verso: «El Ama». También, como la del poema, María era una criatura trabajadora, honrada, cristiana y sería...

En su deambular por entre los barbechos el señor Paco iba cavilando, iba cavilando y hablando consigo mismo en torno al hijo. Recordaba entonces los días en que, niño aún, le contaba, con preferencia, cosas del campo. Decíale que, cuando fuera hombre, tenía que saber realizar las faenas agrícolas para hacer frente a cuantas anomalías surgieran en los cultivos. Las plantas, al igual que los otros seres vivos, precisaban de los cuidados de un técnico. Y se asombraba de lo rápido que había transcurrido el tiempo. Ya mismo iba a tenerlo en casa estrenando su flamante título.

Con el contento harto visible en su tostado rostro se paró a contemplar al lejos; justamente por donde tenía que llegar Alberto. La vereda que desembocaba a la carretera apenas si ofrecía alguna que otra revuelta dominándose claramente a la distancia. Luego echó una mirada a las plantas. El rocío que cayera por la noche se le antojaron perlas licuadas resbalando por sobre las hojas verdes.

Desde que llevaban aguardando la llegada del hijo iban transcurridas varias horas. La inquietud de los dos por la tardanza se les hacía insufrible. Pretendían, no obstante, dárse, uno al otro ánimos,

alegando que los tíos en Sevilla lo habrían retenido o, tal vez los abuelos en Jerez, dada la proximidad con la finca.

Pero cada uno por separado desechaban esa hipótesis porque el hijo sabía con cuanta impaciencia era esperado por sus padres.

María, de vez en cuando se llevaba la mano al pecho. Algo le estaba oprimiendo que no le dejaba respirar con normalidad. Más, disimulaba cuanto le era posible para no alarmar más al marido. El estaba pasando por un tremendo momento también.

Frente a la gran ventana que mira al campo, ubicando en torno a la mesacamilla los dos se mantían fingiendo tener serenidad; pero no lo lograban. El, porque no paraba sentado yendo y viniendo de la puerta a la silla y al revés. Ella, espíandolo a él en sus idas y venidas por si le veía el semblante relajado, en amplia sonrisa indicio de la llegada del chico.

Pero todo estaba resultando inútil. El tiempo pasaba y pasaba en tanto que María se sentía cada vez más apurada, más molesta por la opresión que era cada vez más tenaz, más dolorosa.

Cuando el sol había caído a otros hemisferios. Cuando los reflejos que deja el ocaso sobre la nitidez del cielo habían perdido todas sus tonalidades, al lejos se oyó el ruido de un motor que venía en dirección a la casería.

Los dos se sintieron aliviados del tremendo peso que sentían en sus corazones al creer que iban abrazar al hijo en pocos minutos.

Pero fue el coche de los Agentes de la Policía de Tráfico que paraba frente a la puerta ante los atónitos ojos del señor Paco.

Poco antes de la bifurción que conducía a la dehesa el turismo que venía conduciendo el hijo había sufrido un accidente. Fue un cambio de rasante que un camión, sin que se supieran aún las causas, se echó encima del coche arrastrándolo hasta dejarlo volcado fuera de la carretera—dijeron los policías— Y aclararon también que, el conductor del turismo, aunque había quedado muy mal herido no obstante estaba con vida cuando se lo llevaron a un Centro sanitario.

Francisco Mendoza al cabo de más de dos años que hacía que tuviera el hijo el accidente, era un hombre casi acabado física y moralmente. Tenía los ojos hundidos, apagados. Parecía que tuviera más de ochenta años dado su manera de andar, encorvado, tan flaco...



Al perder a su esposa la misma noche que llegaron los Agentes de Tráfico, desde entonces todo había acabado para él. Ni lo que tanto embeleso le causaba; la contemplación de sus campos. Ni que el hijo lo tenía sano y haciendo maravillas con los cultivos, nada, nada pudo devolverle a los tiempos en que él vivía con su querida María. Ni volvió a oírse aquella verborrea tan usual en él cuando le tentaba el contento. Sin ella, todo el interés de su vida había quedado sepultado el mismo día que fuera enterrada su esposa,

Alberto, no obstante las gravísimas heridas que recibiera la tarde del accidente, se había curado totalmente. Fue siempre un muchacho saludable, robusto, fuerte...

El campo estaba, desde que era cuidado por Alberto, que era un primor el verlo. Corría el mes de mayo y entre la estación primaveral y los conocimientos básicos que el joven Ingeniero aplicaba a las plantas, «Monterrey» tenía tanta más abundancia cuanto que la cosecha se daba con calidades inmejorables.

Pero con ser ello de sumo agrado para el muchacho, el estado anímico del padre lo tenía preocupado. Porque ni remedios farmacológicos ni cuanto a su alcance tuviera sirvieron para levantarle el ánimo y la euforia de otros días. Ni siquiera le conmovía la eclosión de superabundancias que se adentraban por los ojos, en sazón la totalidad del fruto...

Francisco Mendoza nunca más volvió a gozarse del aroma que despedían los campos, ni volvió a tener ojos para contemplar el agua del Ardila, serena y remansada de él, en los atardeceres, gustaba solazarse en las cristalinas aguas.

**Manola PEREZ de PEREZ de VILLAR**



Sevilla, 1973.

## “Los Chapetones”

al Conde de Canilleros

¡Que la plaza de Trujillo  
se queda sin *segundones*!

Guanacos del Potosí  
pisan la plata de entonces  
y por las calles de Lima  
la arrastran los carretones.

Tembló y temblará la tierra.  
No me extrañan sus temblores:  
¡Suenan guitarras y espuelas  
«los Chapetones».

La carne de las mulatas  
también tendrán sus temblores.

---

Del arenal de Sevilla  
arrastran bueyes enormes  
«el quinto del Rey». la plata  
que brillaría en nuevos «Soles».

¡¡Cómo suenan las espuelas  
«Los Chapetones»!!.

CELESTINO VEGA MATEOS (†)